

## XX ANIVERSARIO DEL FORO DE LAICOS

Madrid, 11 de Mayo de 2013

### “EL ESCENARIO DE LA POLÍTICA: COMO SE VIVE LA FÉ DESDE LA POLÍTICA”

Leopoldo Seijas Candelas.

Consejero Nacional de la Asociación Católica de Propagandistas

Secretario del Centro de Madrid de la ACdP.

*¿No son los laicos los llamados, en virtud de su vocación en la Iglesia, a dar aporte en las dimensiones políticas, económicas, y estar eficazmente presentes en la tutela y promoción de los derechos humanos?*

Así se expresaba el Beato Juan Pablo II, en su discurso inaugural, en la Conferencia de Puebla. Lo que el Papa, de feliz recuerdo, venía a decir, o mejor dicho nos estaba recordando, es que los laicos somos el puente entre el mundo cotidiano o social y el mundo político. Y en efecto, así debe ser, en este mundo de turbulencias, de búsqueda de identidades, ante la crisis económica que padecemos, y donde la gente espera encontrar un referente que los guíe en la clase política, pero que no aparece, es campo abonado para la desesperación, la incertidumbre, y el derrumbe psíquico y moral.

Y este campo se vienen abonando desde hace mucho tiempo, desde distintas esferas de la vida política y social de nuestro país. Me estoy refiriendo a esa afirmación que intentan algunos sectores de que impregne en la sociedad de que la vida cristiana y la vida política son antagónicas. La idea de que religión y política son incompatibles, está más que difundida, y desde luego no corresponde a la realidad de las religiones, y en este caso a la vida cristiana.

Recordemos a Jesús en los evangelios, capaz de llamar hipócritas a quienes descuidaban el amor al otro por la simple correspondencia a una ley deshumanizante. Para este Jesús la vida política es una expresión más del “amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

La nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y a la conducta de los católicos en la vida política de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe (2002) afirma: **“El derecho-deber que tienen los ciudadanos católicos, como todos los demás, de buscar sinceramente la verdad y promover y defender, con medios lícitos las verdades morales sobre la vida social.....”**, entendemos que está la clave del comportamiento del político católico hacia los ciudadanos.

Por lo tanto cabe preguntarnos ¿Cuál es el horizonte desde donde el cristiano ha de asumir su inserción en la vida sociopolítica y económica de los pueblos?. Como no puede ser de otra forma, esta es desde la misma vida de fé: desde sus auténticos contenidos y su llamado genuino por lograr condiciones de existencia más humanas para todas las personas. Una dimensión que sólo encuentra su sentido definitivo al hacer una experiencia sin igual que nos coloca en el corazón mismo de la vida trinitaria: descubrir a los diferentes así mismos como un tú. Como alter, otro- y por ello, se hace necesario establecer una relación de igualdad y reciprocidad-no de dominio-para luego, poder percibir en el otro el rostro del hermano, de la hermana, con el que nos unimos en un solo clamor filial al Padre.

Frente a los que se empeñan en negar a la Iglesia, en razón de su misión, el derecho y el deber de juzgar la conformidad de una opción política, con la ley moral, con la razón humana y con la verdad revelada, afirmamos y defendemos con rotundidad la competencia de la Iglesia para enunciar los principios morales que pueden orientar hacia la realización de una sociedad más humana e inspirada en la dignidad de la persona. Si tal competencia eclesial se ve limitada a la doctrina, les corresponderá a los laicos, el aplicarla con fidelidad y coherencia, y de hacerla vida. La realización del Reino de Dios, interpretado como construcción de una realidad social que crea condiciones históricas de justicia y espirituales de acercamiento a Dios, no choca con el deber que la Iglesia tiene de proporcionar valores y principios morales personales y sociales, para que el Reino se haga realidad y la vida social se haga más digna. Es evidente, que para que se den estos postulados, hay que crear espacios que se refieren a la práctica y el ejercicio honesto y ético de la política. Y aquí hablamos de la política como oportunidad de servicio, como arte de bien administrar la comunidad y como ejercicio del poder en vista del “bien común”.

Deber de la Iglesia es tutelar la correcta relación entre fe y política. Son realidades que el cristiano no debe confundir ni separar. Si se confunden, la política podría sacralizarse y la fe secularizarse. En ambos casos, la política y la fe se desnaturalizan y saldrían perdiendo. Si se le separa, tanto la fe como la política se empobrecen: primero, porque la política se vería privada de hombres transformados y, segundo, la fe perdería uno de los campos, el político, en los que realiza la liberación y la salvación del hombre. La fe, desde luego, no es una opción política, pero los que tenemos fe encontramos en ella el vigor y la energía necesaria para actuar con criterios no egoístas sino auténticos del bien común.

Por ser propia del ser humano, la dimensión política no puede ser rechazada por el cristiano. En cuanto coincidente con una determinada militancia partidista, sí podría ser rechazada, cambiada o cuestionada, según su conciencia de ser humano y cristiano, dotado de valores universales y principios propios de su credo religioso. Ya no es pensable ningún dualismo entre fe y política, entre política y moral. La enseñanza evangélica se encarna

también en el orden de la política, con una precisa doctrina que, fundamentada sobre la primacía del amor, se articula en una “moral política”.

que “busquen el poder” y lo sepan ejercer con responsabilidad y con espíritu de servicio. Ellos, pueden ofrecer nuevas motivaciones, poderosas fuerzas ideales y un original horizonte de trascendencia, que consagran el significado profundo del compromiso político. Mientras permiten relativizar críticamente proyectos, instituciones, estructuras y opciones políticas, impelen hacia metas de convivencia social, congruentes con la dignidad de todos los hombres, en el convencimiento, fundado sobre la esperanza cristiana, de que la construcción de un mundo más justo y humano es posible y obligatorio. La fe no es una opción política, ya lo hemos dicho, pero los que tienen fe encuentran en ella el vigor y la energía necesaria para actuar con criterios no egoístas, sino auténticos del bien común, solidaridad, justicia y paz social.

Y alrededor de estos principios, ha girado el pensamiento del Siervo de Dios Ángel Herrera Oria, fundador de la Asociación Católica de Propagandistas: la de formar personas para la vida pública, distinguiendo entre lo que es vida pública y la política, dando prioridad a la atención de la sociedad sobre el Estado. Alertaba sobre el peligro que suponía la pasión política, que para él era la pasión más temible, porque termina dominando al hombre, en todos los aspectos de su vida, desde los intereses personales legítimos hasta la ambición social desmedida de mando y honores.

Apostaba por una pasión noble. La verdadera pasión política defiende un ideal, busca un bien, un bien público común; aspira a una forma de caridad universal. Es la forma de apartarse de caer en una doble moral: de un lado, perder la claridad en los principios, de otro debilitar el rigor de la norma moral. La moral puede ser un obstáculo y fácilmente se la falsifica. Los principios pueden embarazar la acción y es irresistible en el gobernante la tendencia a alterarlos, olvidarlos o paliarlos. Aquella norma Ignaciana de la conciencia que va de mal en peor hasta caer en la laxitud, se da con mucha frecuencia en los hombres y mujeres que gobiernan.

“Al puesto de gobernante, decía el gran apóstol de Andalucía, San Juan de Ávila, se debe subir desnudo, como Cristo subió a la Cruz, y permanecer crucificado en ella. Desnudo de afectos e intereses, que no sean el bien del gobernado”.

Los Congresos de Católicos y Vida Pública, que desde la Asociación, ofrecemos a todos los que quieren acercarse, tienen como misión el estudiar y reflexionar sobre el legado espiritual que nos dejó Ángel Herrera, sobre temas sociales, y entre ellos el de la política y los laicos.